

Capítulo 2



Seré un miembro que procura la unión

Dios quiere que los cristianos se lleven bien. En realidad, lo expresa como un mandato. Jesús fue claro: «En esto conocerán todos que ustedes son mis discípulos, si se aman unos a otros» (Juan 13:35).

¿Comprendes?

El mundo sabrá que somos cristianos por la manera en que nosotros, los creyentes, nos tratamos unos a otros. ¿Participaste alguna vez de una desagradable reunión de asuntos internos en la iglesia? ¿Te parece que alguien ajeno a la iglesia hubiera quedado impresionado con el comportamiento «cristiano» que observó?

¿Alguna vez viste a un cristiano chismear sobre otro creyente? ¿Eso es amarse unos a otros?

Lee los correos electrónicos que recibe tu pastor, si te lo permite. Quedarás espantado de lo que algunos miembros de la iglesia le dicen.

Cuando te conviertes a Cristo, Dios espera que seas parte de Su Iglesia. Más adelante, ahondaremos en esto. Y cuando te incorporas a Su Iglesia, Él quiere que seas una presencia de unidad allí. Digámoslo con más fuerza. Dios *exige* que seas una presencia de unión.

Las pruebas son bastante claras. Las consideramos a continuación.

Qué es eso llamado unidad

Me encantan los deportes de equipo. He visto equipos integrados solo por jugadores promedio ganar campeonatos. No me malinterpreten: los deportistas talentosos y dotados son importantes. Pero aún más fundamental es cómo todos los integrantes de un equipo trabajan juntos. La unidad es importante. Es crítica.

De igual modo, cuando los miembros de la iglesia no trabajan unidos, la congregación en su conjunto se debilita. Mi analogía es quizás débil porque la iglesia local es mucho más importante que cualquier equipo deportivo, pero espero que se entienda el punto. La unidad es vital para la salud de una iglesia. Eso significa que cada miembro, tú y yo incluidos, debe contribuir a la unidad de la iglesia.

El apóstol Pablo habló mucho de la unidad en su carta a los efesios. Es evidente que

la iglesia en Éfeso le agradaba. Veamos algunas de las palabras que les escribió: «Por esta causa también yo, desde que supe de la fe de ustedes en el Señor Jesús y del amor que ustedes tienen para con todos los santos, no ceso de dar gracias por ustedes al recordarlos en mis oraciones» (Ef. 1:15-16).

¿Entiendes por qué Pablo da las gracias por estos miembros? Estaba agradecido por la fe de ellos en Jesús y —fíjate bien— por el amor que tenían *para con todos los santos*. Solemos llamar «santos» a las personas verdaderamente devotas, pero la Biblia usa el término para referirse simplemente a los cristianos. Pablo estaba agradecido porque estos miembros de iglesia se amaban unos a otros.

La unidad es importante y crucial.

Pablo volvería a enfatizar este punto a los miembros de la iglesia en Éfeso. Los exhortó a vivir «de una manera digna del llamamiento que [recibieron], siempre humildes y amables, pacientes, tolerantes unos con otros en amor» y a esforzarse «por *mantener la unidad del Espíritu* mediante el vínculo de la paz» (Ef. 4:1-3, NVI, énfasis agregado).

Como miembro de una iglesia, tienes una responsabilidad. Debes generar unidad. No seas nunca una fuerza de división. Debes amar incondicionalmente a los hermanos de tu congregación. Eso no implica estar siempre de acuerdo con todos, pero sí significa que estarás dispuesto a sacrificar tus propias preferencias para mantener la unidad en tu iglesia.

Más adelante, trataremos esa cuestión de las preferencias.

Por el momento, quisiera concentrarme en la unidad, porque cuando la procuramos, manifestamos amor. Vuelve a fijarte en las palabras de Pablo, esta vez en su carta a la iglesia en Colosas: «Por encima de todo, vístanse de amor, que es el vínculo perfecto» (Col. 3:14, NVI).

«Por encima de todo». No hay nada más importante que la unidad.

La unidad es esencial para tu iglesia. ¿Estás haciendo tu parte?

El chisme y otras conversaciones negativas

Romanos 1:29-31 es un pasaje bastante desalentador. Es una lista de varias prácticas impías: «Se han llenado de toda clase de maldad, perversidad, avaricia y depravación. Están repletos de envidia, homicidios, disensiones, engaño y malicia. Son chismosos, calumniadores, enemigos de Dios, insolentes, soberbios y arrogantes; se ingenian maldades; se rebelan contra sus padres; son insensatos, desleales, insensibles, despiadados» (NVI).

¡Terrible! La lista sola ya nos deja agotados. Y justo en el medio: el chisme. Las definiciones de los diccionarios son sumamente reveladoras. Algunos describen al chisme como «palabras necias»; otros, habladurías o rumores. También se lo considera información infundada o privada sobre los demás.

El chisme, además de ser malo, es destructivo en la iglesia.

Este capítulo es sobre la unidad. Pocas cosas destruyen la unidad de una iglesia

como los chismes. Una iglesia unida es poderosa. Los rumores quiebran esa unidad y debilitan por completo a una congregación.

Uno de mis amigos, que dirige una conocida organización cristiana, me dijo que esparcir rumores está explícitamente prohibido en el manual de funciones de los empleados. Si un empleado tiene un problema con otro, su obligación es tratarlo directamente con la persona en cuestión. Si, por alguna razón, eso no es posible, deberá informárselo a su superior.

Los chismes no se toleran. Un empleado incluso puede perder su trabajo por esto. ¿Por qué? Porque los rumores quiebran la unidad en la organización.

Santiago no usó eufemismos para describir el poder negativo de la lengua: «Y la lengua es fuego; es un mundo de maldad. La lengua ocupa un lugar entre nuestros miembros, pero es capaz de contaminar todo el cuerpo; si el infierno la prende, puede inflamar nuestra existencia entera» (Sant. 3:6).

¿Cómo responder, entonces, al problema del chisme en nuestra iglesia? Primero, no echés a correr rumores. Ante la duda sobre si algo es chisme o no, ni lo comentes. Domina la lengua.

Segundo, si alguien en la iglesia comienza a compartir un chisme contigo, repréndelo con suavidad. Tu respuesta no tiene que ser severa, pero explícale que preferirías no escuchar ningún rumor y que esperas que tampoco se propague. Puedes promover la unidad en tu iglesia con esas simples palabras.

Bastaría que solo unos pocos miembros más fueran como tú para que dicha actitud prosperara. Otros hermanos sabrán que en tu iglesia no se toleran los rumores. Y la congregación será un lugar de gozo y unidad.

«El que quiera amar la vida y llegar a ver días buenos, debe refrenar su lengua del mal, y sus labios no deben mentir» (1 Ped. 3:10).

Ama la vida. Llega a ver días buenos. Refrena la lengua. Termina con los rumores. Promueve la unidad.

El perdón y la unidad

Fue una de esas experiencias que parecen salir de la nada. Yo era un joven en el mundo de los negocios. Con mi esposa, nos habíamos incorporado a una iglesia que amábamos. Nos encantaba el pastor y su predicación. Estábamos felices con la comunión y los ministerios de la iglesia.

El pastor informó en un sermón que estaba dispuesto a reunirse con los hombres los martes a las 5 de la madrugada, para orar por el liderazgo en la iglesia. Dijo que no esperaba una multitud: solo unos pocos hombres dispuestos a encontrarse. Me entusiasmó la oportunidad.

Tengo aún hoy queridos recuerdos de aquellas mañanas, y ya han pasado tres décadas. La oración con hombres piadosos. La comunión con un pastor querido. Ver cómo Dios se movía realmente en nuestra vida.

Entonces sucedió.

Comenzamos con un momento de oración en silencio: un tiempo de meditación para hablar con Dios antes de verbalizar nuestras oraciones en voz alta. Pero cada vez que intentaba orar, mi mente regresaba a mis años en la secundaria. Cada vez, me aparecía la imagen mental del rostro de mi profesor. Era extraño, pero no podía orar.

Aquel profesor había abusado físicamente de mí. Era un secreto, nadie lo sabía. Estaba avergonzado, enojado... y no podía perdonar. Me di cuenta de lo que Dios estaba haciendo. Si iba a ser un instrumento en Sus manos en la iglesia, tenía que perdonar a aquel profesor. Entonces, se lo confié a mis compañeros de lucha en la oración, y le confesé a Dios mi pecado de falta de perdón. Así pude perdonar al hombre que me había lastimado hacía muchos años.

Fue un momento liberador. Mi vida de oración se abrió de nuevo. Dios comenzó a usarme de maneras insospechadas. Pronto dejaría la iglesia y el empleo. Dios había puesto en mí la vocación por el ministerio. Y todo había comenzado con el perdón.

Jesús fue claro: «Si ustedes perdonan a los otros sus ofensas, también su Padre celestial los perdonará a ustedes. Pero si ustedes no perdonan a los otros sus ofensas, tampoco el Padre de ustedes les perdonará sus ofensas» (Mat. 6:14-15).

No habrá unidad en la iglesia mientras haya miembros con corazones que se niegan a perdonar. Con demasiada frecuencia, los miembros están enojados o se sienten heridos por causa de lo que otro hermano ha dicho o hecho. Algunos se enojan con el pastor y el personal o se lamentan de algo que dijo, que hizo o que dejó de hacer.

Me encanta la manera en que Pablo lo expresó en Colosenses 3:12-14, cuando exhortó directamente a los miembros de la iglesia: «Por lo tanto, como escogidos de Dios, santos y amados, revístanse de afecto entrañable y de bondad, humildad, amabilidad y paciencia, de modo que se toleren unos a otros y se perdonen si alguno tiene queja contra otro. Así como el Señor los perdonó, perdonen también ustedes. Por encima de todo, vístense de amor, que es el vínculo perfecto» (NVI).

Las iglesias locales están formadas por miembros y pastores imperfectos. Todos cometemos errores. Todos pecamos. Sí, todos somos hipócritas.

Sin embargo, la unidad de la iglesia se quiebra cuando algunos de los miembros se niegan a perdonar y permiten que gane el orgullo.

Recuerda: Cristo nos amó tanto que murió en una cruz para perdonarnos. Ahora, cómo Él nos perdonó, así debemos perdonar nosotros.

Es esencial para la unidad de tu iglesia.

La segunda promesa

Espero que aunque estemos al principio del libro, ya puedas ver que ser miembro de una iglesia es más que figurar en un registro. No es lo mismo que las ventajas y privilegios que se adquieren cuando pertenecemos a un club social. Al contrario, ser miembro de iglesia implica sacrificarse, dar y perdonar.

Esta es la segunda promesa en este libro. Antes de hacerla, piensa cuidadosamente en las palabras que leerás. Considera especialmente lo que enseña la Biblia sobre la

unidad en la iglesia. Ora antes y después de hacer esta promesa. Pide fuerzas a Dios para que te ayude a cumplirla.

La segunda promesa

Yo soy miembro de una iglesia.

Procuraré ser un factor de unidad en mi iglesia. Sé que nadie es perfecto: ni los pastores, ni el personal, ni los demás miembros de la iglesia. Pero yo tampoco soy perfecto. No seré fuente de rumores, chismes ni disensiones. Una de mis mejores contribuciones es hacer todo lo que pueda en el poder de Dios para mantener la unidad en la iglesia, por amor al evangelio.

Firma y fecha

Preguntas de estudio

1. ¿Qué quiso decir Pablo en Colosenses 3:14 cuando describió al amor como el vínculo perfecto de la unidad? ¿Qué significa esto hoy para la iglesia local?
2. ¿Cuál es la mejor vía de acción si alguien de tu congregación se acerca con un chisme? ¿Qué dice la Biblia sobre los rumores?
3. ¿Qué relación hay entre el perdón y la unidad en la iglesia local? ¿Qué enseña la Biblia sobre este tema?
4. Lee Mateo 6:14-15. Relaciona esas palabras con la membresía en la iglesia. ¿Qué implicaciones tiene cuando los miembros no se perdonan unos a otros?
5. Lee 1 Corintios 13 completo. Pablo escribió el «capítulo del amor» a la iglesia en Corinto, siempre afectada por problemas en la unidad. En la actualidad, ¿qué significa este capítulo para los miembros de la iglesia? Explícalo versículo a versículo.